

“La favela como una estructura atomística: elementos descriptivos y constitutivos”.

C. Alberto de Medina.

C. A. de Medina analiza el tipo de estructura de las relaciones sociales que se dan en una *favela*. El planteamiento, claro y bien fundado, invalida ciertas nociones “científicas” sobre la población “favelada”. Las concepciones de exotismos y aislamiento con que se han caracterizado las *favelas*, planteadas por agentes externos a ella, impiden la comprensión del fenómeno y una acción más realista para solucionar el problema:

Si la *favela* tuviese características tales de diferenciación, sus moradores tendrían las mismas dificultades que tiene un miembro de minorías culturales o un extranjero para entrar en relaciones de trabajo, o el niño con la escuela. Sin embargo, ningún estudio hasta hoy se preocupó en demostrar que el “favelado” tiene dificultades de relacionarse, por ser “favelado”, en las áreas en que transita fuera de la *favela*. Nos parece que así queda claro que el autor es quien delimita, sectorializa y vuelve exótica el área de su estudio (pág. 115).

La idea de la homogeneidad interna también es negada:

La homogeneidad así impuesta por los de afuera es rota internamente, no apenas por los hechos de tener habitantes diferenciados en términos de características socio-económicas, sino valiéndose del mismo proceso de separación por diferencias. Como si alguno de sus moradores quisiera y se esforzase por romper la identificación demarcada externamente, creando demarcaciones internas para identificarse como semejante a los de afuera y, todos los restantes, como “favelados” (pág. 119).

El autor, para llegar a comprender la estructura social, enfocará su estudio sobre esta tendencia de diferenciación interna moldeada y afectada por fuerzas externas y utilizará la dimensión status social para analizar el proceso. Comprueba las hipótesis de Newcomb sobre la ocurrencia de contactos entre miembros de status social distinto y la búsqueda de participación, por aquellos individuos de bajo status, en grupos de status más elevado.

“Verifica una disociación de los favelados entre sí y un deseo de diferenciación con relación a los otros a través de la ascensión social.” Esta tendencia es alimentada por la constante presencia del agente externo que garantiza la elevación del status. Estas características del proceso de estratificación proporcionan una estructura atomística que facilita la creación continua y manutención de los grupos cuya mayor preocupación es la obtención y permanencia en posiciones de dirección. El proceso de ruptura del grupo es frecuente y se presenta siempre que hay competencia interna y se subdividen, para mantener sus posiciones de dirección, repitiendo la actividad anterior u otra, dependiendo del agente externo envuelto en la relación.

Los objetivos del trabajo se podrían resumir en la cita siguiente:

“Lo que procuramos mostrar aquí es que la tónica de esta población es su dependencia de las fuerzas externas, exógenas, únicas capaces de permitir a sus moradores salirse de sus posiciones actuales. Que esta tónica se expresa en el plano concreto por una búsqueda de diferenciaciones de algunos moradores sobre los demás, apoyados en la iniciativa de aquellos que juzgan de nivel más alto y cuyas actividades realizadas en el local sirven para diferenciarlos, dándoles el prestigio necesario a la elevación de su status social” (pág. 133).

La revista presenta al final una extensa y muy útil bibliografía cronológica sobre la *favela* de Río de Janeiro a partir de 1940, organizada por L. Parisse. La lista incluye: libros, artículos en revistas especializadas, artículos en periódicos, *papers* mimeografiados, informes sobre trabajos realizados y una parte de la legislación de mayor importancia sobre el problema.

María Marcia Smith de Durand

Centro de Estudios Económicos y Demográficos: *Dinámica de la población de México*. El Colegio de México, 1970*

A la dinámica del desarrollo económico de México, particularmente a partir de 1930, correspondieron cambios significativos en

el ritmo de crecimiento demográfico: de una tasa de crecimiento medio anual de la población de 1.7% de 1930 a 1940 se pasó a 3.4% de 1960 a 1970.

Lo anterior, desde el punto de vista demográfico, es el resultado de la rápida disminución de la mortalidad y el mantenimiento de los altos niveles de fecundidad.

La disminución de la mortalidad ha sido notable, ya que de una tasa bruta de mortalidad entre 32.5 y 35.5 defunciones por cada mil habitantes a principios de siglo y 23 alrededor de 1930, se ha llegado hasta 9.4 en 1965. Lo cual significa que de una esperanza de vida media al nacimiento de aproximadamente 37 años en 1930 se llegó a 59 años en 1960 y se estima en 62 años para el quinquenio 1965-1970.

Este rápido abatimiento de la mortalidad es resultado del propio desarrollo económico y social, y del aprovechamiento de los adelantos y las experiencias de los países más desarrollados en materia de medicina y sanidad.

Si se considera el descenso de la mortalidad según la edad, la infantil ha logrado descensos espectaculares, ya que de 1930 a 1965 se logró abatir la muerte de los menores de un año en un 68%. Sin embargo, la población entre uno y quince años de edad es la que ha logrado los mayores beneficios de este descenso, ya que ha disminuido en un 75% en el mismo periodo. No obstante estos cambios, aún se darán descensos significativos de la mortalidad, aunque, claro está, a ritmos más lentos y con costos sociales más elevados, ya que se ha logrado reducir una parte considerable de las muertes producidas por enfermedades infecciosas y parasitarias (aunque este grupo de causas

de muerte aún es el más importante), y cada vez más la sobrevivencia de la población estará sujeta al control de enfermedades "degenerativas".

Sin embargo, existe todavía una amplia brecha que separa a México de los países más desarrollados respecto a la esperanza de vida al nacimiento, la mortalidad infantil y la estructura de la mortalidad por causas.

La fecundidad en México, en el curso del presente siglo, ha sido de las más elevadas en todo el mundo y se ha mantenido constante a un nivel aproximado de 45 nacimientos por cada mil habitantes.

No obstante, han ocurrido transformaciones de cierta importancia en los niveles de fecundidad por grupos de edad de las mujeres: las jóvenes han disminuido su nivel y las de edades mayores a los 35 años lo han aumentado. El resultado ha sido el mantenimiento de los niveles generales de fecundidad en alrededor de 198 nacimientos al año por cada mil mujeres de 15 a 49 años de 1930 a 1970.

Si bien la fecundidad de las mujeres residentes en centros urbanos ha sido menor que la de las mujeres residentes en centros rurales, estas diferencias se dan desde hace por lo menos 40 años o más, y no hay indicios de disminución de la fecundidad general en los centros urbanos, aunque sí los hay respecto a la disminución de la fecundidad de las mujeres jóvenes.

Entre los diversos factores relacionados con menores niveles de fecundidad destacan: mayor educación, ocupación de la mujer y niveles ocupacionales mayores del cónyuge, mayor nivel de ingreso, migración preferentemente femenina y a edades jóvenes, aumentos de la edad al casarse, menor proporción de mujeres casadas o unidas consensualmente en las áreas urbanas, etcétera.

La marcada elevación del ritmo de crecimiento ha traído como consecuencia, en primer lugar, el rejuvenecimiento de la población, ya que la proporción de menores de 15 años pasó de 40.9% en 1930 a 45.8% en 1960, como resultado del mantenimiento de la fecundidad en niveles elevados y de la más acelerada disminu-

* Autores por capítulos: I y III, "La expansión demográfica de México, 1895-1970" y "Fecundidad", Raúl Benítez Zenteno; II "Mortalidad", Francisco Alba; IV "Migración Interna", Gustavo Cabrera Acevedo; V "Urbanización", Luis Unikel; VI "Fuerza de trabajo", José B. Morelos; VII "Tendencias futura de la población", Susana Lerner; VIII "Aspectos demográficos del crecimiento económico", Francisco Javier Alejo.

ción de la mortalidad infantil y de los jóvenes que la de los adultos y ancianos.

Una segunda consecuencia de la expansión demográfica ha sido la aceleración del ritmo de crecimiento de los centros urbanos, ya que la población de las localidades de menos de 2 500 habitantes se ha mantenido a un ritmo de crecimiento medio anual de 1.5% al año y la de las localidades de 2 500 habitantes y más ha pasado de un ritmo de crecimiento de 2.2% de 1930 a 1940 a 4.8% de 1940 a 1950, a 4.9% de 1950 a 1960 y se estima en 5.4% de 1960 a 1970.

La urbanización, a partir de 1900, ha sido ininterrumpida: más o menos lenta hasta 1940 y rápida hasta 1970, lo cual coincide con la notable disminución de la mortalidad a partir de 1940 y con el crecimiento industrial y la expansión de los servicios.

La población de localidades de 15 000 y más habitantes alcanzó su mayor crecimiento durante el decenio 1940-1950, ya que creció a 5.9% al año. A partir de entonces, su crecimiento se ha desacelerado levemente de 1950 a 1960, 5.5% al año, y de 1960 a 1970 se estima en 5.4%.

Las ciudades de 100 000 habitantes o más han crecido más de nueve veces de 1900 a 1960 y cuatro veces de 1930 a 1960. La ciudad de México pasó de 345 mil habitantes en 1900 a un poco más de un millón en 1930 y a más de ocho millones en 1970, de tal manera que actualmente el 17% de la población del país vive en la ciudad de México.

La urbanización en México ha sido consecuencia directa tanto de un elevado crecimiento natural de la población urbana (un poco menor que el correspondiente a la población rural) como de la migración, particularmente del campo a la ciudad.

En los movimientos migratorios ocurridos entre las treinta y dos entidades federativas de 1940 a 1960 destacan dos hechos: el aumento del número de personas que residían en una entidad distinta a la de su nacimiento y la fuerte concentración de esta población en determinadas áreas. En 1940, por cada 1 000 habitantes del país 105 residían fuera de su entidad de nacimiento, 128 en 1950 y 149 en 1960 (aún no se cuenta

con la información censal para las estimaciones correspondientes a 1970). Lo anterior significa que en 1960 vivían en una entidad distinta a la de su nacimiento 5.2 millones de migrantes.

En 1960 el 71% de esta población migrante se concentró en ocho entidades: Distrito Federal, Baja California, Tamaulipas, Veracruz, México, Nuevo León, Chihuahua y Jalisco. El Distrito Federal para este año contó con el 37.6% de la migración total del país.

Los migrantes son predominantemente jóvenes, ya que el 66% en 1960 tienen entre 10 y 29 años de edad. A su vez, migran más mujeres que hombres: de 1950 a 1960 por cada 100 mujeres migraron 92 hombres.

Los centros urbanos a los que se han dirigido más migrantes han sido la ciudad de México, Monterrey y Guadalajara. Sin embargo, los mayores incrementos relativos de la migración se han registrado en Mexicali, Ciudad Juárez y Tijuana.

Los cambios favorables de la economía mexicana provocaron el mayor incremento de la migración durante el periodo 1940-1950, sosteniéndose aproximadamente el mismo volumen de migrantes en el siguiente decenio, por la propia constancia en el ritmo de desarrollo del país, lo que significa una leve disminución de la proporción de migrantes.

Los cambios anteriores han estado asociados a cambios importantes en la estructura de la fuerza de trabajo, ya que en un amplio sentido los factores demográficos determinan la oferta de mano de obra al condicionar su tamaño, su crecimiento y, en parte, su distribución geográfica.

Entre 1900 y 1960, se estima que la fuerza de trabajo total aumentó de 4.5 a 11.3 millones. En 1965 fue de 12.8 millones y en 1970 se estima en 15 millones. Dicho incremento fue más o menos paralelo al de la población total, de aquí que a partir de 1940 fue más rápido.

Sin embargo, la población que trabaja, en términos relativos descendió muy levemente de 1900 a 1950, ya que fue respectivamente 33.4% y 32.4%, o sea, disminuyó en 3.1%. De 1950 a 1960 dicho descenso fue mayor, ya que disminuyó 7.1%, lo que resulta —entre otros factores— del rejuvenecimiento de la población. En

1900 dependían de cada trabajador en promedio 1.9 personas, en 1960 2.3.

En cuanto a la composición de la población ocupada por sexos se observaron cambios significativos. En 1950 la participación masculina fue de 81.7% y la femenina de 12.3%, y en 1960 el 75.3% de los hombres en edades activas estaban ocupados y de las mujeres lo estaban el 16.1%. O sea que de 1950 a 1960 la participación masculina disminuyó 7.9% y la femenina aumentó 31.8%.

Las reducciones observadas en la participación de los hombres posiblemente sean el resultado —entre otros— de aumentos en el producto *per capita* y aumentos de relativa importancia tanto en la proporción de población que asiste a la escuela, como aumentos en los niveles de escolaridad. La mayor participación femenina se da muy asociada con la urbanización, la migración preferentemente femenina, la ampliación de oportunidades de empleo, el aumento en la edad media al casarse, particularmente en los centros urbanos, etcétera.

La duración media de la vida activa masculina fue estimada para 1950 en 64 años y para 1960 en 59 años. De las mujeres, el número bruto de años de vida potencialmente activa fue para 1950 y 1960 de 9.6 y 11.4 respectivamente.

La participación en la actividad por edades se ha transformado significativamente de 1950 a 1960. Por ejemplo, de 10 a 14 años en 1950 estaba ocupado el 25.8% de los hombres y el 5.9% de las mujeres. En 1960, para el mismo grupo de edad, estaba ocupado el 15% de los hombres y el 4.7% de las mujeres. De 15 a 19 años de edad, estaba ocupado en 1950 el 79% de los hombres y el 15% de las mujeres, mientras que en 1960 lo estaban el 68% de los hombres y el 21% de las mujeres.

Los cambios en la distribución de la actividad han llevado a una distribución de la ocupación por sectores en 1960, de 52.1% en las actividades agrícolas, 1.3% en minería, 14.4% en manufacturas, 3.7% en construcción, 0.4% electricidad, 9.4% comercio, 3.3% transporte y 13.6% en servicios.

De 1930 a 1960, la agricultura absorbió un poco más del 40% del incremento del empleo, los servicios el 34% y el sector

secundario el 25%, lo cual muestra la poca dinámica del sector industrial para absorber mano de obra de acuerdo con los requerimientos del crecimiento demográfico.

Para el periodo 1965-1970, deduciendo las salidas por mortalidad y por otras causas, el número medio anual neto de nuevas plazas que se necesitaban crear fue de 440 000 para la población masculina y de 80 000 para la femenina.

Los factores demográficos tendrán a corto y a mediano plazo efectos e importancia similares a los observados en el periodo 1950-1960, ya que no será tan sensible el cambio en la estructura por edad de la población en edades activas. Así, los aumentos en la población económicamente activa dependerán por una parte del propio incremento demográfico y de los cambios en la estructura de edades, de la modificación de las tasas de participación de las mujeres, y del cambio en los niveles de escolaridad de la población, particularmente de los jóvenes de entre 10 a 24 años de edad.

Las relaciones globales entre el crecimiento económico y la población pueden resumirse en el hecho de que el producto real por habitante de 1967 fue casi tres veces mayor que el de 1930 y cinco veces mayor que el de 1895. Este crecimiento económico espectacular se ha reflejado en cambios importantes ocurridos en los niveles medios de la vida de la población, como mayor participación en la vida urbana, aumentos en los niveles medios de alimentación y salud hasta llegar en 1964 a más de 74 gramos diarios de consumo total proteínico y 2 650 unidades calóricas diarias, y mejoramiento de la eficiencia del sistema educativo con aumentos de los índices de retención. Sin embargo, la retención escolar es todavía muy baja y los índices de escolaridad han crecido con menor rapidez en 1960-68 en relación con 1950-60, no obstante los aumentos observados en los gastos estatales y federales. Las tasas de transferencia de un nivel educativo a otro son también reducidas.

Si bien el país ha experimentado un crecimiento económico notable, y se han manifestado aumentos generales en los niveles de vida medios de la población, los desequilibrios en casi todos los aspectos

tos de la vida social son muy marcados entre regiones y entre zonas rurales y urbanas, e incluso se agudizan, como en el caso de la distribución del ingreso.

Lo anterior hace pensar no sólo en la existencia de diferencias en la orientación del desarrollo del país, sino además en que la velocidad de crecimiento de la población haya empezado a presionar en los últimos años sobre la capacidad de promoción del desarrollo social y se traduzca en la agudización de los desequilibrios preexistentes.

Ello llevaría a un efecto distinto del crecimiento demográfico, ya que en los últimos decenios la aceleración del crecimiento de la población ha tenido efectos positivos como la ocupación productiva de la mayor parte del territorio nacional cultivable, creación de un importante mercado urbano en expansión o economía de aglomeración y un mercado de trabajo urbano de salarios relativamente bajos de calificación, lo que, junto con la política de promoción industrial, creó un ambiente propicio para el crecimiento acelerado de la producción industrial.

No escapan, así, consecuencias del crecimiento demográfico como aumentos mayores de la población activa urbana respecto a los empleos productivos, disminución de los ritmos de satisfacción de las demandas en educación, observándose incluso posibles estancamientos del grado de escolaridad, los que se agudizan en el caso de la enseñanza media y superior, acumulación de insatisfacciones en los casos de vivienda, servicios urbanos, población sobrante en numerosas áreas

rurales no obstante la migración, etcétera.

Todo ello lleva, sin duda, a la necesidad de respuestas a interrogantes específicas tales como: ¿hasta qué punto la aceleración del crecimiento de la población ha operado como estímulo u obstáculo al crecimiento económico?, ¿hasta qué punto los factores económicos no han sido importantes en la determinación de los niveles de fecundidad, y su mantenimiento en niveles elevados corresponde más a la permanencia de ciertos patrones culturales?, ¿qué repercusiones han tenido el rejuvenecimiento y la migración rural-urbana sobre el comportamiento del trabajo urbano?, ¿en qué medida la satisfacción de las demandas sociales de la población ejercen presión sobre las disponibilidades de recursos de la sociedad?, etcétera.

Estas preguntas, entre otras, se convierten en retos importantes a la investigación y constituyen en gran medida experiencias nuevas en el tratamiento de los problemas demográficos, en donde son inoperantes los análisis, en donde la población se considera como un elemento exógeno, o bien su relación con variables económicas se plantea sólo a través de cifras globales.

Por lo pronto, la dinámica del crecimiento demográfico, de acuerdo a las estimaciones más confiables, nos lleva a cifras tales como 71 millones de habitantes en 1980, 100 en 1990 y 135 en el año 2000.

Raúl Benítez Zenteno